# El Libro y el Comentarista

JORGE LUIS ARCOS

**José Manuel Prieto**
*Rex*
Anagrama, 2007, 231 pp.
ISBN: 9788433 971500

Amparado en una tradición judeocristiana, *Rex*, la última novela del narrador cubano José Manuel Prieto (antes había publicado las novelas *Enciclopedia de una vida en Rusia* y *Livadia*, así como el volumen de cuentos *Nunca antes habías visto el rojo*), insiste en construir un universo narrativo en los márgenes del *corpus* de la narrativa insular o, al revés, ¿confinar a ésta a la periferia de la narrativa contemporánea? o ¿sacarla de ese pantano en que se enlodó, con las excepciones de rigor, durante la llamada época revolucionaria? El autor, en todo caso, apuesta, desde el mismo principio de la novela, como buen lector de literatura astrofísica, por tratar de encarnar con ella en una suerte de singularidad cósmica. Y es ese *agón* el que le confiere a su propuesta narrativa toda la tensión, la intensidad y el sentido con que debe ser leída su novela.

Con inevitable y socorrida ironía, el autor somete a crítica la tradición canónica del mundo occidental, con un experimento narrativo en la estela cognitiva de un Harold Bloom. Pero ya su referente directo no es el Libro por antonomasia de esa tradición, la Biblia o las Sagradas Escrituras, sino otro perteneciente a la llamada edad caótica, *En busca del tiempo perdido*, de Marcel Proust. Y es en ese salto de lo Divino a lo Profano, donde se sustenta la cosmovisión contemporánea de la novela.

Un joven de origen hispano (no sabemos que es cubano hasta el final de la trama) es contratado como preceptor del hijo de un matrimonio de enriquecidos mafiosos rusos, traficantes de diamantes falsos, escondidos en una lujosa casa de la playa española de Marbella. Luego de encontrarse, accidentalmente, un diamante en el jardín y sopesar las consecuencias de verse envuelto en una peligrosa trama de novela negra, el extraño preceptor, en vez de huir con su inusitado e imprevisto botín, decide subir la parada y, con ánimo de enriquecerse (¿por amor también?), les construye una falsa identidad a sus contratistas, convirtiéndolos en aspirantes al trono perdido de los zares…

Sólo un pícaro, un cubano delirante en las postrimerías del siglo XX (1997, se precisa), que ha decidido exiliarse de su país de origen pero que, asimismo, ha vivido la caída del imperio soviético, puede imaginar siquiera un proyecto tan descabellado. Como un mafioso más (pretende engañar a la mafia, al menos), el erudito, aunque fanático, preceptor quiere que su Libro cósmico (el de Proust) le otorgue la sabiduría necesaria para encontrarle, por fin, un sentido a su destino de errante extranjero pobre, paria del siglo XX.

Enamorado del mundo aristocrático, frívolo y maravilloso del Escritor (Proust), el preceptor, también Comentarista (Borges), desarrolla un interesante contrapunto entre el Escritor y el Comentarista, entre el Cosmos y el Caos, entre el Escritor primigenio y el Derivado, entre la Semejanza y la Imagen (diría Lezama), entre el Cuerpo y su Sombra, entre la Realidad y la Imagen, entre la Verdad y la Impostura, que a este lector, ciertamente, le fascinó desde el mismo principio de la novela. Con una ambigüedad a lo Nabokov, a veces, se confunden las fronteras (vanidad e ironía mediante) y el Escritor puede confundirse con el Autor o Narrador o Preceptor…, nunca con el Comentarista, porque, a menudo, se critica sin piedad la índole segundona, epigonal, derivada, casi apócrifa del comentarista (como condenado a perpetrar marginalias)… Es ese juego el que motivó mi fascinación original. No en balde sólo se citan (o se alude a) como pariguales de Proust (muy superior para el narrador a Flaubert), a Homero, Shakespeare, Milton, acaso, también, Cervantes, Víctor Hugo, Dostoievski, Kafka, Bloch… Aunque también, dentro de esta escala de genios, se nombra a Einstein, Kierkegaard, Bach, Mozart, Chuangtsu…, y como comentaristas, junto a Borges, a De Quincey, Hugo de San Víctor, Pedro Helie… Como franco escritor menor, a H. G. Wells

Sin embargo, la expectativa que crea es muy alta, acaso demasiado ambiciosa: nada menos que puedan confluir las dos tramas: el mundo alto, casi cosmogónico, metafísico, aristocrático del Libro y el Escritor, con el mundo bajo, melodramático, pícaro o rufianesco que conforma la otra trama de la novela. Pero, como sí sucede en *El nombre de la rosa*, por ejemplo, aquí todo falla; la trama se torna demasiado enfática y hasta previsible, y este lector, fascinado en un principio, terminó aburrido, y a duras penas, la lectura de la novela.

Claro que cuando escribo este duro juicio final, tengo que advertir que lo hago, sobre todo, motivado por lo grande que fue mi caída como cándido lector. ¿Tratará también de eso la novela: la derrota de un lector tradicional? Una prosa a menudo brillante, una desenvoltura ensayística poco común, una capacidad narrativa casi de estirpe cuántica (por su capacidad para crear una urdimbre casi microscópica), una atmósfera, a ratos, de indudable raíz poética, un sabio manejo de la ironía, y un derroche de sabiduría metanarrativa, también a la luz de una crítica a una tradición canónica, hacen de la lectura de este libro una experiencia singular.

Aunque el autor parece querer evitar durante casi todo el libro cualquier referencia que vincule la trama (¡y hasta al mismo autor!) con su país de origen: Cuba, al final, cede (¿acaso habría sido mejor no hacerlo?), y el preceptor se reconoce cubano cuando es sometido a una golpiza en una estación de policía. Esta sórdida escena es el tributo que con legítima roña e inocultable desdén dedica el autor a su maltrecha isla de nacimiento, aunque reconozca, casi con amargura, que es únicamente en ese minúsculo territorio donde puede no sentirse extranjero… El otro momento de irónico reconocimiento identitario sucede cuando el preceptor envía a buscar ¡a la Cuba de 1997! el presumiblemente glamoroso traje negro con que asistirá a la fiesta de consagración de los aspirantes al trono derruido de los zares…, fiesta, por cierto, donde pretende hacer confluir las dos líneas argumentales de la novela ya aludidas.

Por cierto, imaginar siquiera la posibilidad, dentro de la libre invención de una novela, de que pueda considerarse plausible esta reinstauración de la realeza de la Moscovia por unos aspirantes a mafiosos rusos, sin hacer la menor referencia a los 70 años de época comunista, como tampoco el narrador-preceptor hace ninguna referencia a la dilatada época castrista, ¿no es como condenarlas a un mero hiato («Como si el intervalo entre 1917 y hoy no existiera…», dice), «una pausa en la obra de la nada» (diría Cortázar), un tiempo ya olvidado, aunque con indudables consecuencias para un imprevisto futuro? Hay como una oscura venganza de un oscuro demiurgo (el poder del Escritor) en este escenario novelado, en este otro posible universo, en este olvido furioso, en este, a la postre acaso, nuevo nacimiento…

Este tipo de juego literario lleno de ironía, de inocultable rencor, de casi ostentosa frivolidad (pero ¿no decía Cioran que «sólo intimamos verdaderamente con la vida cuando decimo» —de todo corazón— «una frivolidad»), de una enajenación identitaria a lo Zequeira, quien en su poética y singular locura, no sólo creía que al ponerse el sombrero se volvía invisible, sino que era el heredero de las borbónicas joyas de la Corona, y se debatió siempre entre su orgullosa procedencia aristocrática y un presente mezquino y, para él, ruinoso, lleno de petimetres (los frívolos jóvenes ricos criollos); este tipo de juego, insisto, es lo mejor de la novela de Prieto, quien, como otro mestizo cultural insular, Guillermo Cabrera Infante, hace un indudable aporte cosmovisivo ya no sólo a la índole misma de esa controvertida y casi esquizofrénica imagen de *lo cubano*, sino, acaso a un contemporáneo *homo luden*, pero también a la imagen de ese hombre-residuo, marginal de las postrimerías de la edad caótica: extranjero, transterrado, pícaro, impostor, casi travestista, mezcla innombrable de americano-ruso-español-cubano, producto de una globalización avasalladora. Como un Borges insular, como un comentarista corrosivo, el autor apuesta por la relectura contraria a la que hace Roberto Fernández Retamar de *La tempestad*, de Shakespeare (aludida en la novela, por cierto), pues ¿qué nuevo y sorpresivo Calibán o Próspero es este?

Un crítico ha aventurado que *Rex* es una afortunada mezcla de Proust y *Los Soprano*. Sin embargo, aparte de la espléndida relectura de Proust, sus personajes no son rusos sino un irónico remedo de la imagen (porque no de otra cosa se trata: imagen de otra imagen, sombra de otra sombra) de sus pariguales italonorteamericanos. En el fondo, tan patético resulta el cubanito preceptor como los falsos mafiosos rusos, cuyo fondo de legitimación habría que buscarlo acaso en un Juan Criollo, a lo Loveira —en realidad, nuevo pícaro, novísimo producto (residuo) de la era castrista, reverso de su pretendido y *kitsch* Hombre Nuevo—, o en ese pozo insondable de la imaginería popular rusa que tantos tipos literarios ha creado desde Gogol y Chéjov hasta Bulgákov y Nabokov…

Tiene también la novela partes espléndidas, casi autónomas, como el personaje casi neoplatónico de Nelly, convertida en espléndida, turbia, inquietante y atractiva mujer-pájaro… O hay algo íntimo, poético, afectivo, casi inasible (y trágico), en las lecciones que le da el preceptor a Petia (el hijo de los «mafiosos» rusos), su constante interlocutor, que a mí me recordaba esa entrañable relación del narrador (Homero)

en *La Odisea*, cuando dice reiteradamente: «Y tú le respondiste así, porquerizo Eumeo….», cuando este último se dirige a Odiseo…

La cita que preside la novela, del obispo Berkeley, como ejemplo del más consecuente idealismo subjetivo («Las cosas son tal como se perciben»), invita a leer la novela sin prejuicios ideológicos, como mera o suprema invención de una mente en libertad, de una mente o conciencia o tipo de percepción que, según las últimas teorías cuánticas, cambia lo que mira, lo que supone un universo participativo, pero también tembloroso, clandestino, casi irreal, lo cual le confiere a la imaginación un papel casi decisivo en la conformación de un universo narrativo autónomo, aunque, ¿por qué no?, también de una osada apuesta sobre el sentido último de la vida. Esa cita es casi como un soplo de una pavorosa o poderosa nada sobre toda la novela, pero de una nada que puede convertirse, como energía poética, más que «la necesidad», en «inventora suprema de las cosas».

En fin, juzgue el lector por sí mismo esta extraña novela ¿cubana?, sí, cubana, pero como escandaloso y necesario reverso, por enfático defecto, por clamorosa relectura de una historia apócrifa o por atrevida apuesta anticipatoria de un sombrío o lúdico futuro. ■

## La casa musical y su silencio

REINALDO GARCÍA RAMOS

**Germán Guerra**
*Libro de silencio.*
Ediciones EntreRíos,
Los Ángeles / Las Vegas / Miami, 2007
78 pp.

Germán Guerra es, desde hace mucho tiempo, una presencia sólida y necesaria en los medios donde se gesta, se imprime y se lee poesía en español en Miami, una ciudad que (valga destacarlo) va dejando de ser un refugio eminentemente cubano para transformarse cada vez más en un baluarte y un reflejo de la vida intelectual y artística latinoamericana en el sur de Estados Unidos. Con su trabajo talentoso, Germán se ha ganado ese sólido prestigio como poeta y editor de poetas. Desde 1998, cuando publicó su primer poemario (*Metal*) y fundó la Colección Strumento, con su cuaderno *Dos poemas*, su labor ha estado echando raíces y causando repercusiones en los círculos literarios de Miami y del exilio en general. Nadie que se mueva en esos círculos ha dejado de recibir en los últimos años la energía beneficiosa de su labor como poeta y como artesano cuidadoso de libros de poesía. Y ese hecho se evidencia ahora con brillantez en los hermosos volúmenes de las Ediciones EntreRíos, el producto del esfuerzo colectivo de un grupo de escritores que colaboran con Germán, pero también, en gran medida, la cristalización de ese proceso que él inició hace casi diez años con la Colección Strumento.

Por eso, *Libro de silencio*, el poemario que Germán nos entrega hoy, es, ante todo, un objeto que da placer tocar, oler, acariciar, hojear lentamente: es un ejemplo de lo que debe ser un libro de poesía en términos de edición, desde la elección del peso y el color del papel y la cartulina empleados hasta los componentes gráficos (la tipografía, la organización de los textos, los espacios, las páginas en blanco y, claro está, los grabados con que se ha ilustrado, que en este caso se deben al artista Jorge Luis Mata). La delicadeza, el equilibrio y el buen gusto predominan en sus páginas.

Pero también es un libro que da placer leer, que produce un efecto encantador en quien lo abre y va buscando la voz del autor. Y en eso también es un ejemplo: son textos cuya lectura se disfruta, sin estridencias, sin saltos de equilibrista en la cuerda floja. Al contrario, el encanto proviene de una armonía intrínseca, no desprovista de tensiones o drama, pero aferrada siempre al hecho de que la poesía es música, canciones de un coro encerrado en el alma del autor, con tonalidades que pueden ser afiladas o tenues, bruscas o melodiosas, pero siempre armónicas.

Lo he leído varias veces y, a grandes rasgos, mi sensación es que se trata de un libro-laberinto, un laberinto que funciona como una casa musical, en la que los temas aparecen y se esfuman, vuelven y cambian de sentido, y van también entregando diferentes direcciones a las mismas palabras. Aunque Germán dice «ya no guardo memorias del camino», pronto nos damos cuenta de que el camino ha dejado sus marcas, las que aparecen cuando esas palabras cambiantes revelan su sonido final, como la destilación en los techos de